

En este número

Cerramos la presente edición en un momento en el que rápidamente se están agudizando las contradicciones internacionales e internas en una vasta porción del mundo capitalista que abarca tanto a los países de capitalismo avanzado como a las naciones dependientes. En los primeros, la llamada recesión cobra la apariencia de una verdadera y profunda crisis estructural del sistema, con toda su secuela de enfrentamientos entre el capital y el trabajo, nuevas y crecientes disputas por la hegemonía sobre el mercado mundial y, en consecuencia, sobre el orden político mundial. Derrotado en Vietnam y en toda Indochina, el imperialismo trata de mantener su dominio en Europa, neutralizar a las fuerzas revolucionarias en el Medio Oriente, extender su influencia en África y preparar nuevas guerras de agresión en Asia, mientras que en América Latina, a dos años del golpe gorila en Chile, le es cada día más difícil conservar el equilibrio político: el fin de las sanciones a Cuba, así como el resurgimiento de posiciones nacionalreformistas en varios países del continente, junto con el ascenso objetivo de la lucha obrera, hacen del orden latinoamericano un orden precario e inestable.

La Junta Militar chilena, a pesar del rigor de la represión ha fracasado en su intento de aplastar "el cáncer del marxismo". Hoy, cuando se cumple el segundo aniversario del golpe, la izquierda chilena construye, no sin grandes dificultades, la que ha de ser la viga maestra de la resistencia: la unidad. Información fidedigna asegura que los Comités unitarios se forman en todo el país y las acciones contra la dictadura se amplían y profundizan, probando así que no son sólo los acuerdos de cúpula sino la unidad de las bases lo que hará posible derrocar al régimen de Pinochet. A eso contribuye, sin duda, el aislamiento internacional de la Junta y la crisis económica que azota al país. Como consecuencia de la crisis mundial capitalista, numerosos países del llamado tercer mundo, procuran encontrar un nuevo espacio que les permita conseguir dos objetivos centrales. Por una parte, mejorar su posición para negociar la dependencia con el imperialismo; por otra, impedir que la crisis interna se transforme en nuevos antagonismos sociales que pongan en tela de juicio la hegemonía política de las fracciones de la clase dominante que hoy detentan el poder. En esa situación se halla, por ejemplo, el gobierno mexicano y en

esa problemática, estrictamente condicionada por circunstancias objetivas, se encuentran las declaraciones de corte nacionalista pronunciadas a lo largo del viaje presidencial y en el curso del V Informe de gobierno del pasado 10 de septiembre.

II

Abrimos este número con un ensayo del sociólogo sueco Göran Therborn acerca de lo que él denomina "el nacimiento del marxismo". Siguiendo la línea y las investigaciones del filósofo Auguste Cornu, Therborn procura introducir un elemento de juicio que a nuestro modo de ver es decisivo: el modo como la lucha real, concreta, de la clase obrera influye en la formación intelectual de los clásicos y determina al mismo tiempo un método de conocimiento y una jerarquía de prioridades encabezada por una esencial ¿cómo hacer la revolución?

Continuamos profundamente interesados por la problemática campesina que ya ha merecido alguna atención en nuestras anteriores entregas. Esta vez, creímos pertinente asomarnos a la obra de un teórico de gran talla intelectual pero olvidado y arrinconado por el dogmatismo: Alexander V. Chayanov, sin duda alguna el más penetrante de los ideólogos del populismo ruso y su investigador más acucioso, científico y lúcido. No obstante, nuestro interés no consiste en desenterrarlo del archivo histórico sino rescatar aquello que pueda servir en el presente para estudiar una realidad específica que en América Latina conserva un lugar esencial: la realidad de los modos de producción no capitalistas, a los cuales Chayanov dedicó esta espléndida teorización.

El nacionalismo es sin duda la ideología del Estado Mexicano surgido de la Revolución de 1910-17. Por eso, preguntarse acerca del contenido de clase de esa ideología conduce necesariamente a considerar el carácter del Estado y del sistema dominante. Durante décadas, la izquierda mexicana se vivió a sí misma como formando parte de la Revolución, como su ala más radical y la única capaz de llevarla hasta sus últimas consecuencias, de tal modo que compartió con los dirigentes políticos del Estado la misma ideología, aun cuando, ciertamente, innumerables ocasiones, llamó la atención acerca de las desviaciones, mutilaciones o simples abandonos de los principios originales. En la medida que las ideas socialistas

perdieron arraigo y la despolitización debida al control sindical se fue generalizando, la clase obrera fue incapaz de enfrentar su propia ideología a la de la clase dominante, cuya verdadera naturaleza le fue demostrada violentamente con la imposición del "charrismo". Ha sido necesario un nuevo ascenso de la lucha obrera y popular, en particular, el movimiento de 1968, para que volvieran a encontrarse la movilización espontánea de las masas con los esfuerzos teóricos de los socialistas y se iniciara una nueva fase de aquello que Lenin definiera como "la fusión del socialismo científico con el movimiento obrero", fase que se caracteriza, aunque de manera todavía embrionaria en México, por una amplia lucha ideológica que tiene por finalidad hacer consciente al proletariado de su verdadera misión histórica. El ensayo de Rubén Jiménez Ricárdez se inscribe justamente en esa dirección. Escrito con honestidad y responsabilidad estamos seguros de que ayudará a que el debate se abra y continúe en esta y en otras publicaciones.

No es posible diseñar una táctica adecuada si no se conoce a fondo y sistemáticamente los episodios de lucha en los que se ve envuelta la clase obrera. Aún estamos muy lejos, en nuestro país, de reconocer esa sencilla verdad. La izquierda, apenas recién salida del cascarón pequeñoburgués, prefiere imponerle al proletariado desde fuera una doctrina sin preocuparse por ofrecer alternativas políticas concretas que correspondan seriamente al nivel de la lucha, al grado de organización y de conciencia, a las condiciones materiales que privan en una u otra rama industrial. El resultado es que tenemos una izquierda impaciente por conseguir que los trabajadores aprendan unas cuantas consignas pero incapaz de impulsar una lucha a partir de las situaciones concretas. Por eso, *Cuadernos Políticos* estima de gran utilidad el ensayo de Julio Labastida en torno a la huelga de los trabajadores de la construcción de Tula.

De la misma manera que en ocasiones se olvida que la lucha sindical no puede suplantar a la organización política de la clase obrera, es frecuente, *contrario sensu*, considerar a la lucha sindical como el único modo de intervenir, en una primera instancia, en la concientización de los trabajadores. El resultado es un sindicalismo absorbible y corruptible. Pero si en realidad estamos seguros de que la lucha proletaria tiene que combinar necesariamente todos los niveles, desde el momento en que su objetivo es la transformación total de la sociedad, estaremos de acuerdo en la

necesidad práctica de conocer y denunciar la situación *social* de los trabajadores. En el artículo de Cristina Laurell se nos ofrece una primera aproximación a uno de los problemas menos estudiados por la izquierda pero más apremiantes para las masas populares: la salud. La autora se aleja de los tópicos al uso que no ven en el gravísimo problema de la salud y la enfermedad más que una dimensión cuantitativa de la existencia de servicios sociales o los aspectos biológicos de cada caso. Por el contrario, procura buscar la relación social que existe entre la salud y la enfermedad para descubrir cómo la estructura de clases y la división del trabajo son determinantes a este respecto.

Hay una problemática que obnubila los ojos de los sociólogos burgueses: la de los "grupos y capas medias". La aparición de una extensa capa de asalariados no productivos, se pretende hacer pasar como el umbral de la desaparición de las clases en el capitalismo. Pero los marxistas, alejados durante algún tiempo de estas cuestiones, tampoco aciertan a definir con toda claridad y precisión la naturaleza de estas capas. Cuando se les asimila a la categoría de pequeñoburgueses da la impresión de que el concepto es demasiado elástico y a todas luces insuficiente. Julián Meza se propone, por su parte, intervenir en esta discusión ofreciéndonos un punto de vista que combate las interpretaciones de la sociología académica.

En torno a la cuestión de los principios filosóficos subyacentes en la ideología de la Revolución Mexicana, tanto la versión oficial como los estudios de diversos investigadores han introducido una serie de elementos de confusión. El texto de Arnaldo Córdova incluido en esta entrega, basado en una amplia información histórica, interviene en la mejor precisión de cuáles son efectivamente tales principios fundamentales de orden filosófico.

La politización del niño mexicano es el tema de un trabajo del politólogo Rafael Segovia, publicado recientemente por el Colegio de México. A él dedica Miguel Sandoval la presente crítica de libros, importante desde dos puntos de vista. El primero es que la obra se sustenta en una amplísima investigación sobre el tema. La segunda, no menos decisiva, es que en ella se pretende demostrar cómo y de qué manera el sistema "socializa" su ideología en los niños mexicanos.